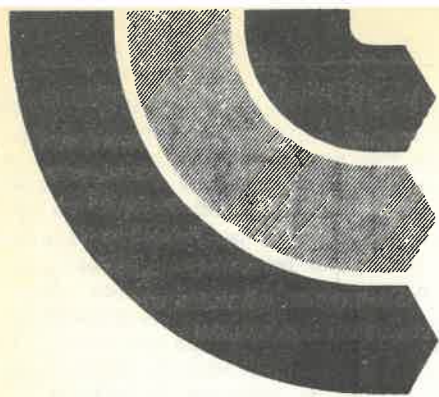




EDI TO RIAL

AL EMPEZAR UN NUEVO CICLO LITURGICO: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LAS LECTURAS BIBLICAS EN LA CELEBRACION LITURGICA

Que el comienzo del ciclo litúrgico traiga consigo un cambio de Leccionarios es algo a que nos hemos habituado ya desde que se inició la restauración litúrgica: de ello nos advierten oportunamente cada año los calendarios o directorios litúrgicos.

Pero obrar únicamente porque así está preceptuado sería tan poco razonable como prescindir de todo ordenamiento litúrgico, dejándose llevar sólo por aquello que uno piensa ser mejor: toda norma jurídica en efecto, responde a unas razones que es preciso no sólo conocer sino intentar hacer propias; sólo con este conocimiento será posible sacar aquel provecho que se persiguió cuando se proyectaron las diversas normas de la celebración. Si se trata, como en nuestro caso, de unas normas dadas recientemente como fruto de mucho tiempo de estudio, cabe presumir que dichas orientaciones son no sólo racionales, sino incluso adaptadas al *estado actual* de quienes han de seguirlas y de los conocimientos que hoy se tienen gracias a los mas modernos estudios. pues fueron los mejores especialistas quienes proyectaron las reformas que luego los responsables de la Iglesia —Obispos y Sumo Pontífice— se limitaron a sancionar.

Este obrar únicamente porque así está establecido —o por el contrario en prescindir de toda norma— pensamos que hoy es uno de los mayores peligros de la pastoral litúrgica de nuestro tiempo de reformas; en particular, el uso poco clarificado de los leccionarios bíblicos al que nos referimos en esta Editorial, es un extremo que puede llegar hasta hacer casi inoperante una de las mejores reformas litúrgicas actuales. Intentemos señalar, pues, algunos de los principios que es necesario conocer para un uso inteligente de los diversos sistemas de lecturas bíblicas que presentan hoy los nuevos leccionarios; otras ocasiones se presentarán, sin duda, para seguir reflexionando sobre este importante tema.

Empecemos por el Leccionario ferial de la misa. Para quien mira las cosas superficialmente el cambio de Leccionarios al empezar el Adviento poco significa a no ser el cambio de volumen concreto que debe prepararse: hasta el

29 de diciembre eran el Leccionario A y el IV ferial, a partir del 1 de diciembre serán el B y el propio de las ferias de Adviento. Por lo demás, la misa continuará teniendo cada día dos lecturas (los domingos tres) y un salmo; a lo sumo, se hará un cierto esfuerzo de atención para ver qué podemos sacar de estas perícopas para nuestra vida cristiana. Pero si se reflexiona sobre el contenido global de estas lecturas la cosa será distinta: se advertirá enseguida un cambio importante de ambientación: desde que terminó el ciclo pascual —este año en concreto desde el 19 de mayo— hemos ido escuchando, uno tras otro, diversos libros de la Escritura, siguiendo por orden sus principales capítulos, con el fin de hacernos propio el contenido de cada uno de los libros de la Revelación. A partir, en cambio, del 1 de diciembre, cambiará no solamente el leccionario sino también *la manera de organizar* las lecturas. Si se quiere, pues, sacar del Leccionario todo su fruto es necesario conocer el porqué de este cambio de sistema. Durante los primeros días —desde el 1 de diciembre hasta el 12— tendremos ahora una lectura de capítulos de Isaías *seguidos por orden*; las lecturas evangélicas, en cambio, no seguirán, como era habitual durante el tiempo ordinario, el texto de ninguno de los evangelistas, sino que se tomarán de los diversos evangelios, sin seguir el orden de los capítulos, cosa que, por otra parte, no facilita la inteligencia de lo que quiso transmitir el evangelista. ¿Porqué este proceder? Simplemente porque durante estos días se intenta recalcar especialmente el mensaje de Isaías y para iluminarlo se escogen, en función de estas lecturas proféticas, algunos textos evangélicos que puedan aclarar su significado. Por ello la oración y reflexión durante estos días debe centrarse en la lectura de Isaías, más que en el evangelio. En la segunda parte de Adviento, en cambio, las perspectivas cambian: del 12 al 16 los evangelios empiezan a tomar valor en sí mismos, subrayando la figura del Bautista, cuyo mensaje se va sobreponiendo al de Isaías: la oración, pues, deberá progresivamente pasar del profeta del Antiguo Testamento al Precursor inmediato del Señor. Finalmente durante la semana que precede a Navidad —del día 17 al 24— se presenta un nuevo cambio de perspectiva: en estos días serán tan importantes las lecturas del Antiguo testamento como las del Nuevo, y habrá que procurar vivir el mensaje de ambas series, pues en unas y otras se intenta prepararnos *inmediatamente* para la fiesta de Navidad: los textos evangélicos nos presentarán con esta finalidad diversos fragmentos de los distintos evangelistas —estamos muy lejos, por tanto de una lectura continuada— con referencia a los acontecimientos históricos mas cercanos al nacimiento del Salvador; las epístolas, por su parte, nos presentarán, también en fragmentos tomados de diversos libros, una antología de personajes que, cada cual a su manera, son figuras del Mesías que esperamos. Como se ve, pues, el sistema de lecturas de estos días, tiene una dinámica muy distinta de la que es habitual en el tiempo ordinario; ello es necesario conocerlo para entender bien el mensaje que la Liturgia quiere darnos durante estos días.

Un segundo ejemplo (que aquí sólo podemos sugerir) es el referente a las lecturas del Oficio divino: quienes se limitan a usar el leccionario tal como aparece en el propio volumen de Liturgia de las Horas, repiten cada año las mismas lecturas; ello, consiguientemente, significa la omisión sistemática de la mitad del mensaje bíblico, cosa que nos parece alarmante. Usar en una Biblia las

Biblia repartida de una manera normalmente íntegra en el período de dos años. Ello es especialmente importante para aquellas personas —las religiosas por ejemplo dedicadas a la enseñanza— que con frecuencia, debido a que tienen que atender en la celebración eucarística a diversos grupos de educandos, no pueden en la misa escuchar habitualmente una lectura continuada de la Biblia, sino que con frecuencia tienen que escoger las lecturas. El Oficio, en este caso, le reemplazaría, y con mayor amplitud, la visión global del mensaje revelado que persigue siempre la práctica de los diversos sistemas de lectura continuada, tanto en el Oficio como en la Misa.

PEDRO FARNES, pbro.